

URUGUAY

DELMIRA AGUSTINI

El hecho de manejar la pluma para el público, sea en una forma ú en otra—desde el periodista ignoranton colocado en las redacciones por alguna influencia política, hasta el mequetrefe *cagatinta* que oficia de reporter en cualquier periódico de último orden,—parece que da pasaporte de críticos literarios á estos pobres diablos que no pierden la coyuntura de ejercerlo cuando una obra de autor desconocido cae en la mesa del director, que siempre tiene complacencias para sus *buenos muchachos*, á los que suele decir, arrojándoles como una piltrafa el tomo del novicio:

—¿Te animas á decir algo sobre *eso*?

Luego el periódico trae ese *algo* del crítico de nuevo cuño, pero como éste no sabe ni una jota de poesías ni de nada, se reduce á apuntar defectos de los que ha visto escritos en cualquier crítica, señalar dos ó tres influencias de literatos de nombre y terminar con elogios á la juventud del autor, diciendo generalmente: «A pesar de todo, el muchacho promete; esperemos su segunda obra y veremos». Este incalificable desparpajo ya no tiene la virtud de crisparnos los nervios, pues, como estamos acostumbrados á leer juicios literarios de esta naturaleza, no consigue más que hacernos sonreír con desprecio.

Algo de esto ocurrió en Montevideo cuando la aparición de *El libro blanco*, primer vástago intelectual de la exquisita poetisa Delmira Agustini. En él se vieron influencias de Darío, de Nervo, de Lugones... y en verdad que todo tendrá el libro menos influencias extrañas, pues es la obra en cuestión un hermoso *bouquet* de

flores cultivadas en jardín propio con los malos ó buenos elementos naturales de que disponía su autora.

Este libro, que con amable dedicatoria llegó á mis manos, tentóme en un principio á la alabanza sin timideces ni desconfianzas, pues hay en él tanta ingenuidad, corazón y talento aguzado por una exquisita intuición femenina, que entusiasmo y subyuga, pero luego la reflexión vino á decirme que eso no era lo que debía hacer... y aquí estoy, indeciso entre dos opiniones: una —que también comparte su prologuista Medina Betancort,—que se inclina á desear más sabiduría y experiencia á la joven poetisa uruguaya, y otra, que es la que me dicta mi modo de ver la vida, que prefiere la inexperiencia, la ingenuidad y la sencillez de que hace gala en todos sus versos que, por otra parte, no son hueros y simplemente aflagranados, sino que encierran ideas, poco sólidas tal vez, pero ideas atrevidas sin pretensiones de afirmación.

Su alma, llena de vida, ansiosa, exquisita, está aquí:

Si la vida es amor, ¡bendita sea!
¡Quiero más vida para amar! Hoy siento
que no valen mil años de la idea
lo que un minuto azul del sentimiento.

Mi corazón moría triste y lento...
Hoy abre en luz como una flor febea;
¡la vida brota como un mar, violento
donde la mano del amor golpea!

Hoy partió hacia la noche, triste, fría,
rotas las alas mi melancolía;
como una vieja mancha de dolor
en la sombra lejana se deslía...
¡Mi vida toda canta, besa, ríe!
¡Mi vida toda es una boca en flor!

Rebelión, que es un bello gesto de independencia y que es algo así como la idea madre que siempre está presente en sus inspiraciones, tiene una primer estrofa magnífica:

La rima es el tirano empurpurado,
es el estigma del esclavo, el grillo
que acongoja la marcha de la Idea.
No aleguéis que sea de oro. ¡El Pensamiento
no se esclaviza á un vil cascabeleo!
Ha de ser libre de escalar las cumbres
entero como un dios, la crin revuelta,
la frente al sol, al viento. ¡Acaso importa
que adorne el ala lo que oprime el vuelo?

A pesar de lo que aquí dice, Delmira Agustini no descuida esto que trata con tanto desprecio y, sin que deje

de haber sus defectillos, algunos imposible de corregir sin alterar fondo y belleza, puede decirse que en todas sus poesías el *vil cascabeleo* es muy espontáneo y rico.

Como verso ligero, musical, tiene *El hada de color de rosa*, que termina así:

Y cuando el sol como un rey muera en su manto escarlata
mientras que la noche llega, ensaya un ritmo y un sueño!

Como poesía vigorosa, llena de fulguraciones de idealidad, *Racha de cumbres*; en *La Estatua* hay una imprección final llena de desprecio hacia ese dios que no quiere dar un alma al hermoso trozo de mármol:

¡Vedlo allá arriba, miserable, inerme,
más pobre que un gusano, siempre en calma!

En resumen, el alma de las poesías de Delmira Agustini tiene robusteces quizás demasiado notables para un bardo femenino, pero en todas ellas su espíritu delicado, pone dulzuras que suavizan la estructura á veces ingenuamente desordenada que tienen.

Yo recomendaría á esta joven y hermosa poetisa, que continuara cantando en la misma lira que ha pulsado para *El libro blanco*, sin hacer caso de los críticos y obedeciendo sólo á sus naturales impulsos, á su propia, fecunda inspiración que me ha proporcionado verdaderos instantes de placer cerebral (1).

(1) Acaba de publicar «Cantos de la mañana».

FLORENCIO SANCHEZ

De las manifestaciones artísticas, la más popular, la más fácil de comprender, es, sin duda alguna, el teatro; por esto mismo es lo que corre más peligro de corromperse.

El arte tiene una muy noble misión que cumplir en los corazones humanos, y el arte teatral, ya que es preferido por el pueblo, que no tiene nada más sensible que los ojos, abarcando una esfera mucho mayor que cualquier otro, es el llamado á despertar en el alma del pueblo los sentimientos adormecidos por mil causas. Pero los hombres sin conciencia, los artistas sin dignidad, los eternos mercaderes de todo lo vendible en esta feria social, han convertido el arte teatral en un sucio negocio para explotar las bajas pasiones populares.

En Buenos Aires, donde, como dije anteriormente, la avalancha mercantilista lo arrastra todo, el arte teatral, cultivado por los intelectuales del país, no es más que un medio cómodo para ganarse la vida, una casa de remates *fulleros* donde se estafa al cliente con los rótulos. Allí se traducen obras de todos los idiomas, se amoldan al ambiente del país, y con el mayor descaro se anuncian en los carteles firmadas por un Fulano cualquiera y hasta por algunos que gozan de cierto nombre como poetas ó periodistas. El Teatro Nacional, para el que es tan indulgente Manuel Ugarte en su último libro sobre las «Nuevas tendencias literarias», es, como lo he dicho otras veces, el resumidero donde van á parar todos los desperdicios intelectuales. La lucha por la vida obliga á los poetas sin editores ó sin ambiente, á los periodistas de mísero sueldo y hasta á los estudiantes *calaveras*, á recurrir al Teatro Nacional con alguna zarzuela de pésima música, un drama con muchas puñaladas ó una comedia donde no falta el *gringo* siempre cobarde y ridículo.

Sobre esta multitud de pigmeos que danzan alocados alrededor del billete de banco, como un faro que advierte el peligro á los navíos, se levanta la simpática

figura de Florencio Sánchez, el Ibsen americano. Su personalidad está cimentada sobre sus tres grandes obras: «M'hijo el doctor», «Los derechos de la salud» y «Nuestros hijos».

Junto con Roberto Pairó y algún otro, Florencio Sánchez es el que marca verdaderos rumbos rectos y luminosos al naciente Teatro Nacional.

«M'hijo el doctor», su primera producción según creo, aunque de asunto sencillo, es una verdadera obra de arte por la realidad del ambiente donde se desarrolla y la característica fiel de los personajes. En ella luchan dos morales: la cristiana, de nuestras pampas, que es una mezcla de sencillez campesina y rigidez aristocrática, y la moral revolucionaria, esa moral que no se inspira en ridículas conveniencias sociales, pero que es fiel á la Naturaleza y tiende á la elevación de la raza por la vida. Un gaucho rico envía á su hijo á estudiar á Buenos Aires; cuando vuelve hecho un abogado, el choque de las ideas del joven con las de su padre, produce un desenlace fatal.

«Nuestros hijos» es una hermosa crítica á la vida fastuosa y corrompida de la alta sociedad porteña, y al mismo tiempo un hermoso gesto de rebelión contra la hipócrita moralidad burguesa y una verdadera dignificación de la maternidad y del amor.

Estando en la ciudad de Mendoza conocí «Los derechos de la salud», y digo conocí, porque aunque ya había visto la obra en Buenos Aires, las distintas impresiones de la noche me impidieron penetrar en el alma de la mejor producción de Florencio Sánchez. La compañía de Tallaví era la encargada de la interpretación. Las escenas se sucedían con una naturalidad, para muchos aburridora, beatíficamente, con languideces de enfermo y estallidos de locura. Un escritor afortunado, joven, lleno de vida, apartado del mundo para dedicarse al cuidado de su esposa, que está tísica. Una hermana de ésta, soltera, hermosa, inteligente, va á vivir al lado de los esposos para cooperar en los cuidados de su cuñado. La hermana sana suplanta lógicamente é insensiblemente á la hermana enferma en los quehaceres de la casa, en la vigilancia de los hijos... y así, hasta llegar á conquistar por el mutuo trato, si no el corazón, los sentidos del esposo. Este no siente por su esposa más que una amorosa conmiseración; en cambio, todos los arrebatos pasionales de su carne sana, son para su cuñada. La tísica, una madrugada, se levanta del lecho en una de esas pasajeras mejorías, propias de estos enfermos, pasa al salón donde velan su esposo y su hermana, y al descorrer la cortina, entre la oleada de luz mati-

nal contempla espantada el grupo formado por los dos, dormidos en un mismo diván, con las manos amorosamente enlazadas. Pierde las fuerzas y cae; al ruido despiertan los amantes, y al darse cuenta de lo que ha pasado se miran con miedo.—¡Nuestro crimen!—exclaman; él se conserva sereno. La tísica muere dulcemente en brazos de su hermana y de su esposo.

Como están presentados los personajes y se desarrollan las escenas, en el espectador se entabla un combate entre el sentimiento de la compasión y la realidad de la vida.

«Los derechos de la salud» es una obra de puro corte nietzscheano, que hace pensar á los que aun sufren los efectos de la moral cristiana que nos han legado nuestros abuelos.

Así es toda la labor de Florencio Sánchez. Sus trabajos han suscitado polémicas ruidosas en los principales diarios de Buenos Aires y Montevideo y, aunque el triunfo suyo es de los ganados á fuerza de privaciones y perseverancia, es un triunfo con solidesces de roca.

Florencio Sánchez, aunque no es argentino de nacimiento, se le puede considerar como tal, pues allí ha luchado y allí ha vencido en buena lid.

Su patria natal, el Uruguay, puede enorgullecerse de un hijo tan digno (1).

(1) En este momento, un amigo de Milán me escribe que acaba de fallecer en el hospital de esa ciudad, Florencio Sánchez, nuestra mayor gloria teatral y el verdadero fundador del moderno Teatro Nacional. Sean estas líneas, entonces, un modesto homenaje póstumo.

ANGEL FALCO

Pocas veces se ha visto en la historia de la literatura americana un triunfo más rápido, más noble y más sólido que el que ha alcanzado el poeta uruguayo Angel Falco en solos tres años de labor fecunda, hermosa labor que dió vida á cuatro obras de valía.

Angel Falco es joven, contará quizás veinticinco años, y ha conseguido ya ser cantado por muchos de sus compatriotas que, con justicia, ven en él al futuro más grande poeta de su tierra.

Angel Falco era militar, pero sus ideas revolucionarias insultaban diariamente al uniforme; un día arrojó la espada de la patria, para empuñar la pluma de la humanidad, y se lanzó, como en sus tiempos de guerrero, al frente del escuadrón de sus versos en una formidable carga á todos los prejuicios de la época. La primera poesía suya que leí fué «Gorkiana», aparecida en el diario ácrata *La Protesta*, y que figura en la colección que forma el tomo de los «Cantos rojos», editado por Maucci Hermanos é Hijos, de Buenos Aires. «Gorkiana» era una poesía que estallaba como esas bombas de los nihilistas rusos bajo la caja de los trineos principescos; una verdadera explosión de odio á la tiranía de los zares; un corazón generoso que reventaba de entusiasmo por la causa de los deportados á Siberia. En ese mismo diario aparecieron otras poesías de Falco que, aprendidas y recitadas en las asambleas obreras de la Argentina y el Uruguay, sirvieron más de una vez para decidir los movimientos huelguistas que agitaron á las masas proletarias de ambos países.

«Ave Francia» fué su primera obra. Un folleto editado por O. Bertani, de Montevideo, en el cual se canta en prosa y verso á la Tierra de la libertad.

«Cantos rojos», libro de pelea, encierra la verdadera alma generosa y valiente de Angel Falco. El soneto que hace de portada nos habla de la naturaleza de lo que hay más adelante.

¡Fuerza es luchar! Palestra es el combate,
Donde el alma del fuerte se agiganta;
Donde la fiebre del esfuerzo, late,
Y en peana triunfal, la Vida canta.
Quien ante el dolor, su pendón no abate,
Marcha á la cumbre, con segura planta,
Pues si cae en la lid al rudo embate,
Más grande, como Anteo, se levanta.
Tal de la Vida es la perpetua guerra,
Que hasta esa madre pródiga, la Tierra,
Leyes tiene, despóticas y extrañas;
¡Pues para dar sus frutos, con ser madre,
Es preciso que el hombre la taladre
Hundiéndole el arado en las entrañas!

En todo este libro, Falco grita, alza los brazos en actitud de combate, insulta á los cobardes, escupe sus desprecios, anima á los desheredados de la vida, empuja á las avalanchas humanas, esgrime el rayo como un dios olímpico, derrumba montañas y abre precipicios con sus manos; á veces, como si el alma endemoniada de este sublime cantor recibiera una oleada de dulzuras, ó como si lo ensañado se hiciera realidad ante sus ojos, abandona un instante la lira ensangrentada de sus batallas y pulsa dulcemente la dorada del soñador y del ingenuo.

¡Si el Ideal es nada más que un sueño,
Un miraje de loca fantasía,
Es tan bello este ensueño,
Que sólo por soñarlo viviría!

Editado también por O. Bertani, de Montevideo, Falco escribió «Garibaldi», poema heroico, publicado en homenaje de este guerrero y con motivo de su centenario. Creo que es lo mejor que se ha escrito sobre el héroe italiano. En él, Angel Falco hace un verdadero derroche de metáforas inspiradísimas y, aunque demasiado poblado de personajes mitológicos, el poema resulta una verdadera obra maestra, que sería suficiente para proclamar á su autor como uno de los mejores bardos de la virgen América.

El mismo editor acaba de publicar la última obra del autor de «Garibaldi». «Vida que canta» titula Falco el volumen, y, en verdad, por todas sus páginas la vida canta gozosa, á plenos pulmones, sin recatos monjiles... ya con la inocencia salvaje de los campos, ya con la gracia maliciosa de las grandes ciudades; ora las risueñas praderas enmosaicadas de flores olorosas y silves-

tres, ora la nostalgia de un bardo viejo que toma ajeno porque

...sueña cuando el sentido pierde,
Que es la copa una glauca pupila de mujer.

El amor, el amor á la mujer, hembra del hombre, perfuma las páginas de «Vida que canta» con las emanaciones de las carnes jadeantes, de las bocas afebradas... ¡y hay destellos de ojos negros que brillan al traducir los espasmos del sexo, y hay relámpagos de lujuria en las célicas pupilas cortesanas! En «Los salmos de tu cuerpo» los sonetos se estremecen como lechos nupciales y, ora suaves como caricias de raso, ora ardientes, pasionales, como el alma salvaje de las pampas y las *cuchillas*, siempre elevan un himno á la mujer, como belleza hecha símbolo, como pasión hecha carne, no como instrumento de vicio, no como algo inmaterial que tiraniza al macho.

El guerrero, en una tregua y con la frente laureada, se ha entregado al amor con la pujanza y la inocencia de la juventud.

Prepara cinco libros: «Auroras atlánticas», «Arte revolucionario», «América libertaria», «Antología roja» y «Breviario galante» (1). Serán cinco gajos de laurel que arrancará á la Gloria.

(1) Acaba de aparecer.

JULIO ALBERTO LISTA

Fundar una revista de arte juvenil, de arte espontáneo, loco, juguetero é imponerla á un público viciado con los *magazines* que parecen escaparates en que se exponen todas las flaquezas humanas y asoman con risa estúpida todos los vicios y todas las impudicias, es tarea reservada á jóvenes con voluntad y valimiento. Una revista así apareció en Montevideo hace dos años; *Bohemia* se llamaba la nueva publicación, y su director, Julio Alberto Lista, era un joven poeta lleno de entusiasmos, de talento y de voluntad. Rodeado de un grupo decidor en el que figuraban dos conocidos de mis lectores: Angel Falco y Alberto Lasplaces, *Bohemia* vió la luz entre las carcajadas del sátiro Ginesillo de Pasamonte, otro conocido por Ernesto Herrera y ante el asombro de las gentes serias que veían en ella á una de esas tantas hojas efímeras que desaparecen sin ruido después de haber servido de solaz á media docena de muchachas románticas. *Bohemia*, empero, subsiste aún y las mejores firmas de América han aparecido en sus páginas.

Conocí á Lista hace dos años, en Buenos Aires, y todavía recuerdo la noche en que el clásico Paseo de Julio, cita de *atorrantes* y poetas, oyó nuestras voces balbuceando versos en tanto que la mascarada inconsciente desbordaba los bulevares con la bullanga que Momo trae todos los años. Lista recitaba lo que él cree el mejor hijo de su pluma: *A Cirano de Bergerac*, en el que pretende demostrar que el héroe gascón no es hijo de Francia sino de España; hay estrofas en las cuales pone tanta convicción que el lector llega á ponerse de parte suya. Ved, sino:

¡El talento de un poeta te ha llevado á tierra extraña,
porque tu alma, Cirano, Rostand la robó de España,
donde hay una leyenda en cada rayo de sol;
es tu alma la de un héroe de un poema de Zorrilla.
Tú eres noble de la estirpe de los nobles de Castilla,
arquetipo legendario de soldado y de español!

¡Batirse rimando versos con galanura y denuedo,
es hazaña del gallardo don Francisco de Quevedo,

El ocultar por orgullo, las penas con alegría,
es el más típico rasgo del hijo de Andalucía...

Y después de algunos otros argumentos felices, Lista termina:

¡Es española tu gracia, tu altivez y tu hidalguía
por tu bizarra conducta y tu garbo y valentía!
Fuera jefe de algún tercio de los del Gran Capitán;
yo reclamo para España la leyenda de tu gloria...
¡Hay acaso algo extranjero en tu romancesca historia
como no sea la conducta de aquel prosaico Cristhián!

Después lo he visitado en Montevideo y lo he visto detrás de un mostrador prosaico atendiendo á las pruebas de su querida *Bohemia* en los ratos en que el trabajo le dejaba tiempo, hilando proyectos de mejoras, acariciando triunfos y haciendo castillos para el porvenir con una fe infantil que se contagia.

Criollo hasta la médula, no ha dejado de pulsar la guitarra con el mismo amor con que lo hiciera un *gaucho*, y ha cantado también, como los primeros *payadores* de las pampas, al alma sentimental de estos hijos de la tierra americana. *Mi pago* es un hermoso soneto que habla del espíritu campesino y su tierra:

¡Es el heroico terruño de las leyendas bizarras!
¡Es el vergel donde se aman la calandria y el zorzal
mientras dicen las nostalgias de la raza, las guitarras,
bajo el palio empurpurado de las flores del ceibal!

Es la heredad que el gauchaje con las triunfantes moharras
defendía palmo á palmo, desde el lomo del bagual;
la india virgen, libertada de las opresoras garras
del viejo león castellano dominador y feudal.

¡La tierra hermosa, empapada de leyendas de coraje!
Donde vuelca el sol charrúa su luz fecunda y salvaje
que enciende fuego en las venas y amor en el corazón;
la patria de las morochas que son gloria de los ojos,
donde nacen los amores entre tímidos sonrojos,
al compás del cadencioso, voluptuoso *pericón*.

En estos versos, de los que he leído cuatro, Lista se muestra más poeta, pone más sentimiento y una verdadera primitiva hermosura, cosa que no alcanza á mi ver en los otros. Hay que conocer los *gauchos*, hay que penetrar en esas almas primitivas, semisalvajes, donde se aúna el valor más ciego con la superstición más inocente, y hay que recorrer las pampas, todas pobladas

de leyendas, para poder formarse una idea de la hermosura de estos versos que han sabido interpretar fielmente las cosas de la tierra.

«El payador», tipo genuino de América y que es algo así como una reencarnación pintoresca de los antiguos trovadores, bien lo pinta Lista cuando dice:

Es su lujo la guitarra; puso en ella sus amores,
y la adorna con cintajos de estrepitosos colores...
Las más puras afecciones de su alma le ofrendó;
pero... temblando la pulsa cuando la noche se allega,
porque piensa que *Mandiga* (1), lo mismo que á Santos Vega,
vendrá á *pagarle*, envidioso de la fama que alcanzó.

«El fogón», escena típica de las pampas que tiene mucho de las pasadas veladas al lado de la chimenea donde los viejos relataban hazañas guerreras á los concurrentes, es un soneto que merece la transcripción, porque es un cuadro vívido, lleno de realidad y de color:

El grueso tronco de arnera crepita entre la escarlata
llamarada que ilumina, alimentando el *fogón*,
y el gauchaje forma rueda en redor de la fogata
mientras que, de mano en mano, va pasando el cimarrón.

Un viejo que fué sargento, una anécdota relata
de una vez en que Aparicio *se cortó* del escuadrón
al galope de un tordillo, relumbroso como plata,
desafiando á *Goyo Geta* mano á mano y á *facón*.

¡Se entusiasma el paisanaje recordando tiempos viejos!
En eso llega una *china* que dice que vió á lo lejos
á un *lobisón*, que rondaba del *jagüel* en derredor...

Y aquella gente sencilla, fuerte, ruda, valerosa,
con pavor supersticioso se persigna temerosa...
¡Y hasta el gaucho más *curtido*, palidece de terror!

Indudablemente que Lista no es un poeta de inspiración brillante, podría decirse hasta que es un versificador con talento, pero es innegable que en esos asuntos locales está á la altura del mejor. Y es porque este poeta es un gaucho que usa cuello y zapatos de charol, que protesta contra el extranjerismo y que está contento de que sus paisanos se revolucionen periódicamente para alejar la inmigración que ha quitado todo el carácter á sus vecinos de Buenos Aires.

Creo que, como todos, piensa publicar un libro, pero, aunque esto no se llevara á cabo, Lista puede estar satisfecho de la valiosa labor que realiza en su simpática *Bohemia*.

(1) *Mandiga*, Satanás; refiérese Lista á una leyenda muy conocida en todas las repúblicas del Plata.

JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

En Buenos Aires aparece desde hace muchos años una revista ilustrada que con el nombre de *Caras y Caretas* inunda las provincias argentinas y las limítrofes extranjeras con sus doscientos mil ejemplares semanales. Eminentemente informativa como es, debía ocurrírsele lo que tan bien llevó á la práctica un joven escritor uruguayo que se llama Juan José de Soiza Reilly. Partió para Europa con una misión, una misión difícil, entusiasmante, envidiable... Tenía que ver, hablar, sorprender, escudriñar el alma de toda notabilidad, fuese en el género que fuese; desde el papa Pío X hasta el anarquista Laurent Tailhade, desde don Carlos de Borbón hasta el republicano Nakens, desde D'Annunzio hasta el torero Mazzantini, desde los reyes hasta un lustrabotas, todos los hombres que por una causa ú otra gozan de alguna celebridad han estrechado la mano de este atrevido y original reporter.

Las interesantes entrevistas, algunas de las cuales ya había leído en Buenos Aires, han aparecido recientemente en volumen bajo el título de *Cien hombres célebres* con un prólogo de Paola Lombroso, y confieso que he tenido que dejar la pluma muchas veces subyugado por la lectura de sus *interviews* que tienen un sabor completamente personal, con todos los defectos de las bruscas innovaciones, pero con la agridulce salsa de lo extraño. Sus impresiones son completamente íntimas, francas y sin temores pueriles de herir susceptibilidades con una mordacidad ó enmendar demasiado una figura odiosa; él dice con una admirable espontaneidad la impresión real que le causara tal ó cual personalidad, hablándonos de intimidades que retratan un alma. Al hablar de Max Nordau, nos confiesa que antes de entrar odiaba al célebre médico judío y que al salir había cambiado completamente de sentimientos. Véase cómo describe su entrevista con D'Annunzio, después de un cambio de palabras en que el gran poeta italiano hacía *pose* y el *reporter*, muy filósofo, sonreía:

«...D'Annunzio irá pronto á la América del Sur. Me

dijo que quiere hacernos *a el honor de su presencia*. Como al oírlo yo me sonriera con sonrisa de asombro y de francés, agregó:—*Voy á América para visitar mis posesiones... Allá también tengo esclavos.*—No pude sonreír. Pero le pregunté si ya estaba arreglado el contrato de las doscientas mil liras que le pagarán en Buenos Aires por las cinco conferencias que daría en la Opera... Comprendió. Y dándose una vuelta, mostróme un busto del Dante. Un Dante que parecía llorar sobre una mesa... Cuando al retirarme pedí al maestro un saludo autográfico para la República Argentina, contestóme con un ademán de Benvenuto:—*¿Para qué? No sé si lo merecen todavía...* Y por no tener el honor de darle un puntapié salí sin despedirme.»

Así son todas sus confesiones íntimas, deducciones espontáneas de las confesiones de sus entrevistados.

La casa editorial de F. Sempere y C.^ª, de Valencia, acaba de publicar otro libro de Soiza Reilly, que, aunque de asuntos distintos, tiene mucho del anterior. «El alma de los perros», que tanto ha dado que hablar á la crítica de América y también á la de Europa, es un libro extraño, sin esa extrañeza medioeval, sin esa ridícula extrañeza que huele á éter, sin ese rarismo diabólico de los que quieren imitar á los únicos que han podido tenerlo; no, lo extraño del libro de Soiza Reilly está en la forma, en el alma y en los motivos que le inspiran. Razón tiene el prologuista, Manuel Ugarte, cuando dice que «*El alma de los perros*» es un volumen cruel, en ciertas páginas brutal y excesivo, pero particularmente atrayente», y creo con él, que Soiza Reilly dará mucho que hablar todavía á los que le han recibido con piedras en las manos.

En Buenos Aires empezó haciéndose conocer por «*Caras y Caretas*». En todos los números de la tal revista, Soiza Reilly nos contaba su entrevista con algún personaje extraño, interesante y desconocido que él había descubierto con su mágica linterna por los recovecos de la gran metrópoli. El nos hizo saber que en nuestra capital había un noble arruinado que hacía el oficio de mozo de cuerda, él nos habló de la vida novelesca de uno de nuestros populares actores cómicos... y así, Soiza Reilly tenía un tacto admirable y una vista maravillosa para descubrir todos los «ricos tipos» de Buenos Aires.

Su estilo, nervioso, cortado, duro y áspero como un cardal de las pampas, tiene muchas veces el don de ser más verosímil, de adaptarse más que otros al género semidramático que gusta; por otra parte, creo que este escritor es el creador de una nueva forma, de la que se podrá decir esto ó aquello, pero que no hay más que

reconocer; forma todavía imprecisa que se va corrigiendo, adquiere más plasticidad y elegancia, perdiendo mucho de su primitiva dureza en algunos cuentos de «El alma de los perros», por lo que confío que dentro de poco tiempo Soiza Reilly habrá creado una moderna, lógica y hermosa manera de decir.

Ha publicado con anterioridad á los ya citados *En el reino de las cosas*, editada en Buenos Aires por A. Moen y Hermano, edición que se halla ya agotada. Tiene en preparación dos libros: «Hombres y mujeres de Italia», que serán como «Cien hombres célebres», entrevistas con personalidades ilustres, y «Dioses de barro», que mucho me equivoco, ó son un manojito de sus galantes pero terribles sátiras.

Yo espero la aparición de esos dos volúmenes, confiado en que servirán para rectificar lo que aquí digo.

* * *

En su casa de la *rue Clichy* lo encontraba siempre á la tarde, rodeado de una verdadera galería fotográfica, de estatuillas irreverentes, de libros raros... Sobre su escritorio muelleaban calaveras y monstruos japoneses que desempeñaban oficios caseros, y detrás de una montaña de papeles, asomaban sus impertinentes *quevedos* y su sonrisa volteriana.

Para los amigos había siempre una taza de té, una copa de *vermouth* y buenos cigarrillos del Cairo, según las horas. A veces perfumaba la estancia la delicada y elegante silueta de su esposa, que es amable y sonriente. A veces, también, se dejaban oír las risas infantiles de Rubén Darío, un querubín de meses que nos miraba con sus grandes ojos interrogantes. Allí Soiza Reilly nos relataba sus aventuras juveniles condimentadas con citas filosóficas de su invención, nos hablaba—en secreto—de su última entrevista y nos hacía partícipes de sus proyectos periodísticos. Todo teatralizado con grandes ademanes, explosiones de entusiasmo y de risa; porque Soiza Reilly tiene la franqueza infantil de las almas sin doblez. Algunos piensan que tiene algo más que los lentes, de don Francisco Quevedo; quizás. Yo creo que posee el don de la adivinación y que esto, unido á su maravillosa actividad, es lo que le ha hecho cumplir con tanto acierto su misión periodística en Europa.

Después de todo, Soiza Reilly es insustituible para una gran revista como *Caras y Caretas*, y yo estoy seguro que en toda la América no hay otro hombre de sus condiciones para el reportage grande. Si fuéramos sobrinos del Tío Sam, diríamos que es el rey de los *reporters*.

JULIO RAUL MENDILAHARSU

Villaespesa escribe al frente del primer libro de este simpático poeta uruguayo, un cariñoso prólogo que logra darnos una impresión clara del alma joven, vigorosa y sana de este nuevo forjador de rimas que se agrega á la ya grande columna lírica de la república hermana. Lo que dice Villaespesa de Mendilaharsu queda afirmado plenamente en un soneto que saco del libro «Como las nubes», la obra en cuestión; en él su autor se retrata con dos trazos, y todo lo que posteriormente se diga no tiene mayor importancia:

Adoro como Nietzsche las luchas de la Vida
cuando en el pecho humano hay fuerzas de titán,
que cruza por el mundo con la cerviz erguida,
mostrando en las miradas las lavas de un volcán.

Adoro las grandezas de gestos populares
que toman las Bastillas ó destronan á un rey,
coronando á la historia con rojos lumináres
que son las doce tablas de la futura ley.

Por eso cuando evoco las épocas helenas,
más que odas de Safo y tiernas cantilenas,
hay algo que seduce mi ardiente corazón:

¡Es el recuerdo hermoso del albor de aquel día
en que, cual Julio César, murió la tiranía
con el puñal de Harmodio y de Aristogitón!

¿Qué más? Todo lo que se diga de su labor literaria sería extemporáneo, porque Mendilaharsu es actualmente una promesa; después, el prologuista ha dicho de él todo lo que podía decir yo. Me limitaré á transcribir, pues, un trozo de la presentación literaria que hace del autor de «Como las nubes» el inspirado padre de «Las canciones del camino»:

«Mendilaharsu despertó en su adolescencia á la literatura bajo el influjo violento y exacerbante de la prosa tempestuosa de Vargas Vila, que pasó por su espíritu como un ciclón, arrasando prejuicios y despertando to-

das las fuerzas y todas las rebeldías latentes. Y de esta influencia se resiente todavía; es el imperio de la imagen centuplicada, como vista á través de un lente enorme. Es el dominio de la paradoja, del apóstrofe violento; pero al mismo tiempo es también la insurrección del orgullo contra las vulgaridades, la imposición del yo violenta, dominadora, sobre todo lo que le rodea. Esto en la poesía de tendencia social. Sin embargo, bajo tanto apóstrofe, bajo tanta arenga incendiaria de tribuno, relampaguea á veces, entre las teas que las furias agitan y el redoble de tambores, la visión del Porvenir, una visión poética, de fraternidad humana, de humanidad bella, con esa belleza que sinteticé hace tiempo en esta última estrofa de un soneto:

la encarnación cristiana del alma de María,
en el mármol pagano de la Venus de Milo.

Así, casi toda la parte de *Ebano y Oro*, poesía visionaria, y arrebatada, de un acratismo aristocrático... Pero la Vida es varia, es compleja, es vida... El porvenir nos atrae; pero el pasado nos retiene y el presente nos domina... Las visiones son tantas como tantas son las ideas y las emotividades del momento.

»Y el poeta se entrega plenamente á la Vida; por eso vive con la misma intensidad el sueño que la realidad, porque ambas cosas no son más que fases distintas de la Vida. Y lo mismo que exalta sus rebeliones en *Ebano y Oro*, resucita un recuerdo en otra sección de su libro presentándolos á nuestra vista en las actitudes más bellas, en los gestos más expresivos, y siente al mismo tiempo—léase *Violetas*—sangrar en sus carnes las garras del momento que se va, llevándose algo de nuestra Vida... Y llora las nostalgias de su Patria en su peregrinación voluntaria por Europa, bajo el cielo gris de Bretaña y entre las olivas y las cigarras de la Provenza... Yo espero mucho de Mendilaharsu. Más de su vida que de su arte. Es un espíritu voraz, inquieto, que lo mismo pueden llevar las circunstancias á ser un gran poeta, cuando se desbroce su espíritu y *sienta* más y no sueñe tanto la Vida, como á morir heroicamente en el campo de batalla en alguna de las revoluciones de su patria.»

* * *

Terminadas estas líneas, llégame un nuevo libro de Mendilaharsu: «Deshojando el silencio». En él se notan todavía las belicosidades que apunta Villaespesa en el

prólogo de su primer libro, pero la tendencia es distinta. Antes le preocupaba la sociedad en general; ahora, un poco por nostalgia patriótica, otro poco porque vuelve los ojos á la realidad del momento, piensa en su patria, en la América latina y ante la invasión de un gran peligro, nos dice, á nosotros, los líricos de esas tierras vírgenes:

¡Pensad en Panamá! ¡Pensad en Cuba!
¡Bien sabéis que los yanquis nos acechan!
Apaguemos, al fin, con nuestros soles
el fulgor invasor de sus estrellas!...

Y en un momento de exaltación optimista, propia de su temperamento, grita á plenos pulmones:

¡Viva mi rey el Sol! ¡Viva mi América,
la América de Hidalgo y de Miranda,
la que habla español, la que posee
los Andes gigantescos y las pampas,
la que tiene heroísmos en su sangre
y brillará en el día del mañana
estremeciendo el bronce de la Historia
con las glorias más puras y más altas!

En fin—siento que la premura me obligue á abreviar,—este nuevo libro del vate uruguayo es, en muchos conceptos, superior al primero, y casi estoy por contradecir á Villaespesa cuando dice que espera más de su vida que de su arte. Le falta un poco de reposo, un poco de recogimiento en sí mismo y mucha serenidad; cuando consiga auscultarse, arrojará, estoy seguro, la espada batalladora por un bordón, un ánfora y una flor.

OVIDIO FERNANDEZ RIOS

Hace próximamente dos años que Ovidio Fernández Ríos me escribió una entusiasta carta con motivo de mi nombramiento de director de la revista *Germen*; con la carta envié una hermosa poesía y un tomo con una cariñosa dedicatoria. «Sueños de media noche», era el libro. Versos infantiles casi, porque todavía este querido poeta comete adorables diabluras con el metro y las rimas, el libro en cuestión no me hizo el mejor de los efectos, más por el alma común que los animaba que por la factura artística, bastante espontánea y hermosa; se notaba inmediatamente la influencia de los poetas antiguos, eternos cantores de lo mismo y, naturalmente, metido de lleno como estaba entonces en el movimiento revolucionario, me chocó desagradablemente la superficialidad de los asuntos y cierta *pose* pesimista impropia de la juventud, más aún de la juventud de América. Tímidamente, sin embargo, en algunas páginas de «Sueños de media noche» brillaban como relámpagos algunos atrevimientos y en la monotonía de las ideas añejas, algún pensamiento rebelde rugía como un clarín en medio de un convento.

A través de las poesías de su primer libro, Ovidio Fernández Ríos, á pesar de sus titubeos y falta de ideal, dejaba entrever su alma orgullosa, su corazón ingenuo y generoso y el despertar de sus ideas. Ahora, con la reciente aparición de «Por los jardines del alma», libro que ha sido juzgado con mucho entusiasmo por la prensa del Uruguay especialmente, de donde es hijo nuestro poeta, es la prueba más elocuente que puede dar de su evolución.

En este libro, que Manuel Ugarte prologa, Ovidio Fernández Ríos ha sido más sincero consigo, ha visitado los *jardines de su alma* y se ha encontrado con que no había flores de invernadero, pálidas como las clásicas princesitas, mustias como esos legendarios cansados de la vida, sino flores rojas como la sangre de las arterias pletóricas de vitalidad, árboles gigantes que

rivalizaban con las cumbres, senderos floridos y espinosos, soles de fuego, cóndores altivos... ¿Contradicciones? ¿Ampulosidades? Las hay, sí, hijas de su sinceridad, porque yo, que soy un buen amigo de este poeta, conozco sus prendas morales, lo he visto estallar de cólera como un Júpiter y una noche, en el Parque del Pueblo, á la sombra del follaje y envueltos por el murmullo de las olas, noche de desnudeces espirituales é intimidades de almas, he sondeado su corazón exquisitamente sensible y demasiado cristiano para uno que dice en un verso:

Yo soy un cóndor, sí; como un bautismo
un chispazo de luz el sol me trajo,
por eso me insultáis desde el abismo:
¡qué bien sabéis que yo hasta allí no bajo!

A pesar de estos desplantes de orgullo exagerado, exageración que no es tan sólo la característica de su estilo sino también su propia característica, no puede sustraerse á la influencia atávica que ha anidado en su pecho, y por eso, junto á un salivazo de desprecio, á un trallazo de cólera, se oyen sus quejas y suspiros, más naturales, más sinceros, flores arrancadas de las más queridas plantas del jardín de su alma. En este soneto, lo mejor del libro, se verá:

Yo vengo desde lejos buscándote. Sabía
de tu bondad muy grande, como grande tu amor
por todos los que sufren; y que tu alma sentía
¡la nostalgia de un alma que amara tu dolor!

Yo te llamaba hermano, en mi tristeza. Un día
partí en tu busca—era la Primavera en flor;—
lloraba en mi camino mientras que el sol reía...
—¡Oh, buen sol, muchas gracias, me hace bien tu calor!—

¡Y hoy te encuentro! ¡Recíbame tu paz gloriosamente!
Dame muchos abrazos besándome en la frente,
y luego, yo te imploro como amable merced,
haz un ánfora suave con tu divina mano,
y dame un poco de agua para beber, ¡hermano!
¡Ay, gracias, muchas gracias! ¡Tenía tanta sed!

Esta nota, única en el libro, es la fiel interpretación de su alma. Pero lo que da á los versos de Ovidio Fernández Ríos un sabor especial, inconfundible, es la forma originalísima de exponer en dos líneas un pensamiento ó un estado particular del espíritu y luego, en otras dos entresacar su esencia con valientes afirmacio-

nes filosóficas que no por eso dejan de ser hermosas. En «Desde la cumbre», por ejemplo, abundan.

No me hiera la envidia. Empeño vano
de quien pretenda desgarrar mi velo.
¡Para escuchar las burlas del gusano
no detienen las águilas su vuelo!

... ..
¡Los hombres no son hombres cuando lloran,
y el volcán no es volcán cuando no estalla!

¡La libertad es grande como el mundo
y el mundo es uno solo para todos!

¡Si es más bello el sudor en una frente
que en la frente de un rey una corona!

¡Si abriendo el surco se destroza un brazo,
queda otro brazo que recoja el trigo!

«Del caos» es otra buena composición en la cual describe la formación y evolución del mundo hasta que

El planeta giró sobre sí mismo,
y luego se incendió cual ígnea tea;
y al apagarse, de ese cataclismo,
surgió el Hombre del fondo del abismo
y en su frente una luz, ¡y fué la Ideal!

«Negro y Rojo» es un notable cuadro de contraste, muy artístico y racionalmente descrito.

Una cosa mala encuentro á Fernández Ríos, y es el afán de abandonar su lira ya templada y que vibra al unísono con él, para pulsar las ajenas, acaso para ensayar nuevos modos y posturas, pero que, aunque no sea más que como distracción, no debería hacerlo, pues se notan en seguida las asperezas á que da lugar su inexperiencia.

En resumen, un buen poeta que promete mucho más de lo mucho que ha dado.